

La maleta del viajante

Juan Cruz

Jamás he visto a Manuel Vicent con un papel en la mano, tomando notas, y sin embargo es el hombre que con más fidelidad cuenta lo que ve, de todos los que conozco.

Él cree que fabula, es más, podemos creer que fabula, porque retuerce lo que narra, cuando lo hace de viva voz, hasta extraer todo el aceite, toda la proteína, convirtiendo el relato que hace en una especie de análisis de sangre lento, minucioso, notarial. Y sin haber tomado ni una sola nota. Cuenta como quien estuviera regresando al lugar de los hechos, pero a veces se embala y hace que el lugar de los hechos sea el sitio, la sala, el restaurante, un despacho, el asiento de un avión, donde él habla, pausadamente, a veces apasionadamente; muchas veces el lugar de los hechos es la imaginación de quien lo escucha, atrapado por su prosa dicha, que es una dicha de prosa. Como su prosa.

Es de esos personajes que cuando están en una reunión consiguen silencio sin pedirlo, y es de esos tertulianos a los que la multitud de los reunidos erige en diapasón de lo que se dice: hasta que él no habla nadie sabe hacia donde va a girar el coloquio. Manolo, ¿qué sabes de esto, de este ministro, de este escritor, de este presidente, de este suceso? Y como si Manolo hubiera estado allí, tomando notas, trae a la realidad, de la tertulia, de la comida, del periódico, todo lo que sabe, como si lo hubiera memorizado mientras sucedía. Y sin haber tomado una sola nota.

No le hace falta. Su memoria es prodigiosa, es la memoria de un cazador, o o de un animal de caza, y tiene cerebro de escenó-

grafo. Sabe dónde están los personajes de sus historias, los coloca en el espacio, y luego los traslada, simbólicamente, a sus manos, que los hace danzar. Ese cerebro escenográfico dibuja en el aire volutas, volúmenes, establece el sitio exacto por donde deambulan sus figuras, y los va señalando como si les devolviera a la vida real, al sitio en el que está estableciendo el resultado de su sabiduría. Es un genio de la descripción, de los rostros, de la vida, de las frases y de las anécdotas. No le interrumpas, es mejor que siga; si interrumpes a Vicent estás interrumpiendo a la vez la ficción y la realidad. Lo que él sabe no lo sabe nadie, y si alguien no cree lo que dice, porque lo encuentra inverosímil, se está perdiendo la suculencia de la realidad. La realidad es lo que él dice, y aunque la realidad diga otra cosa, siempre se parecerá, al final, más a lo que dice Vicent que a lo que a lo mejor no dice Vicent.

Viajé con él en una ocasión a Argentina y nos pusieron en un hotel de juguete que tenía la cama muy lejos del cuarto de baño; era como medio hotel, todo era a la mitad. Fue una experiencia inolvidable, porque era insólito ver allí, en aquel hotel innecesario, a una de las glorias de la literatura española, haciendo excursiones imperdonables cada vez que sentía necesidad de ir al cuarto de baño. Los que nos habían llevado hasta allí, donde él llegó primero, decidieron cambiarnos de sitio, y nos llevaron a un hotel más convencional en el que las cosas estaban donde suelen estar las cosas en los hoteles.

Esperé a que Vicent bajara sus maletas, pues la estancia iba a ser larga, pero el escritor de *Tranvía a la Malvarrosa* bajó de su aposento con una maletita minúscula que llevaba en la mano como suelen llevar las maletas los actores de las viejas películas de Hollywood, sin esfuerzo, leves, y alevés. ¿Y esa maleta? Era una maleta zen, para qué ir acumulando, él llevaba lo estrictamente necesario, era la dimensión vertical, carnal, humana, de aquellos versos de Machado. Sobre su osamenta iba la parte principal de su vestuario, y en la maleta viajaban algunas cosas imprescindibles sin las cuales sólo pueden viajar los guarros o los despistados. Y Manuel apareció, impoluto, recién afeitado, relajado, un poco melancólico, pero ese es su carácter, y el carácter no va en las maletas sino en las miradas, dispuesto a cambiarse de hotel arrastrando con suavidad su insólita maleta zen.

Para mí esa maleta se convirtió en un símbolo de los restantes equipajes de Vicent, y la metáfora me dio la explicación de su actitud ante la vida y ante la propia escritura. Despojado de papeles y demás aditamentos pesados, su lápiz de tomar notas es la memoria, fértil y tranquila, alborotada solo, eso es lo que yo creo, por los descubrimientos que hizo en la adolescencia –el sexo, el olor, todos los olores, los alimentos, el mar, el borde del mar– y que hoy siguen siendo el alimento espiritual de sus libros. Lo imagino en su casa, deshecha la maleta zen, enfrentado a la espiritualidad rabiosa de los días, buscando en la realidad contingente los asuntos que le hagan escribir, y lo imagino decidiéndose por lo que vuelve a su cabeza griega, o latina, su cabeza de personaje que estuviera tratando de saber qué hay de veras en la luz de una vela cuando está apagada. Y lo imagino rechazando vestimentas espúreas hasta que se cubre con la túnica del pasado, que es, por otra parte, la túnica de las preguntas.

En la vida y en la escritura, Manuel Vicent es un hombre dubitativo, sobre sí mismo y sobre lo que sucede. Nunca he sabido con certeza su edad, porque la edad de gente como él depende de la hora del día, de las circunstancias que lo rodeen, del éxito o del fracaso con que quiera subrayar su mirada. Así que a veces está eufórico y ríe, por teléfono o en persona, o en la propia escritura, y a veces se siente ascendiendo por un abismo oscuro después de haber caído, pero en todas esas edades se descubre siempre a un adolescente.

Ese estado de ánimo, tan mediterráneo y tan literario, tan de hombre solitario que quisiera viajar aún sin maleta y hacia ninguna parte, es, sí, el de un adolescente; yo en él veo a un adolescente que aún no ha venido a Madrid, que se lo está pensando. Suele decir que está en la capital de España todavía en medio de una excursión que se acabara el día que se harte de ciertas contingencias políticas. Salvando mucho las distancias, Vicent es como aquel Ortega horrorizado del ruido de la meseta que le dice a su amigo Miquelarena «Qué país, Miquelarena» mientras el fatídico tren de los años veinte entraba en la mugrienta estación de Atocha y las viejas y los viejos deshacían sus bocadillos de tortilla mientras se desgañitaban intranquilas las gallinas.

Le horrorizan el ruido, la furia y los lugares comunes, y querría para sí el silencio de los poetas y de las orillas de las playas en

invierno, o la cubierta indecisa de los barcios. Cuando llega a los sitios otea el horizonte, frunce el ceño, rebusca entre los asistentes una mirada que la haga sentir como en los años juveniles, ple-tórico y entendido, y luego se sienta como si él mismo se hubiera estado esperando para estar solo. Luego está en silencio, jugando con las cucharillas, hasta que alguien le hace entrar en el delirio de contar, y ya ahí es imbatible, porque lo ha visto o lo ha soñado todo. Y cuando empieza a hablar es como si detuviera la realidad para que la realidad ya fuera sólo la que él cuenta.

A veces le llamo tan solo para que me explique por qué respi-ramos, y al final de la charla siento como si ya hubiera leído el libro del día. Él te deja siempre con la sensación de que no sólo sabe qué pasó o qué pasará, sino que es mejor no saberlo para saberlo de nuevo, o para olvidarlo y quedarte con lo que de lo que ocurrió ha hecho el relato Manuel Vicent ©